

No viva en tu presencia
quien murió en tu memoria.
Goce el marqués en paz de tanta gloria.

D^a Clara. Vuelve.

Leonor. Espera.

D^a Clara. Ya falta la paciencia.

Escucha. O no te entiendo ó no me en-
(tiendes.)

¿De la satisfaccion misma te ofendes?

(*Tiéndele Leonor.*)

Leonor. ¿Qué culpa, don García,
del amor del marqués tiene mi tia?

D. Garc. Suelta. ¿Tú me detienes, engañosa?

¿Qué presto has aprendido
el trato de Madrid, falso y fingido!
¿Quién creyera que dama tan hermosa
y de tan pocos años,
iguale á sus minutos sus engaños?

Leonor. [*Ap.*] Él nos destruye agora.

D. Garc. ¡Plega á Dios, que de flecha vengadora,
con furia disparada
de la valiente mano
del ciego amor tirano,
la nieve de tu pecho atravesada,
encuentres quien contigo
finja, como has fingido tú conmigo!

[*Vase.*]

ESCENA XI.

REDONDO, que vuelve.—DOÑA CLARA, LEONOR.

Redondo. Á todos, vive Dios, ha emparejado,
con todos ha refido.

D^a Clara. Tú la ocasion has sido
deste incendio, enemiga;
que el haber tú dudado
en decir la verdad, la causa ha dado
á que él sospeche que invencion ha sido;
y en mí tu necia dilacion castiga.

Leonor. ¡Eso sí! imita al toro embravecido;
el que la vara te tiró, se escapa:
véngate agora en mí, que soy la capa.
¿No basta que me obligues
á que excediendo el orden de mi estado,
por dar satisfaccion á don García,
haya arriesgado yo la opinion mia;
sino que, ingrata, agora me castigues
porque tardé en decir lo que pluguiera
al santo cielo que callado hubiera?

D^a Clara. Pues qué opinion te quita
que el marqués te pretenda?

Leonor. ¿No me arriesgo á que entienda
quien sepa que el marqués me solicita,
que liviandades mias
han dado la ocasion á sus porffias?

D^a Clara. ¿Qué livianos temores te acobardan!

Bien se vé que mis penas,
Leonor, son para tí del todo ajenas.
No te vayas, que quiero á don García
escribir un papel.

Redondo. Por Dios, señora,
que dudo que en mi pecho haya osadía
para dárselo agora,
quando ves que contigo
se parte, de celoso, tan airado,
que arrojan sus enojos
mil volcanes de llamas por los ojos;
y viste agora que tambien conmigo
ciego y arrebatado,
me libró de su furia tu sagrado.

D^a Clara. Bien dices.

Redondo. ¿Qué procuras?
¿Satisfacerle?

D^a Clara. Sí.

Redondo. Dame licencia,
si de mi fé por dicha te aseguras,
para darte un consejo.

D^a Clara. En la dolencia
solo aspira el enfermo á verse sano,
y ama el remedio de cualquiera mano.

Redondo. Pues no le escribas tú; que femo agora
que la llama voraz de sus enojos
haga ceniza tu papel, señora,
antes que en él llegue á poner los ojos:
no le den tus solícitos amores
materia á más venganzas y rigores.
Deja que el tiempo su furor quebrante:
toma ejemplo en la fragua;
que cuando el fuego en ella está pujante,
le aumenta fuerza el agua.
Escríbale primero tu sobrina,
y sus satisfacciones poco á poco
procuren aplacar el furor loco;
que en buena medicina,
quando un humor nocivo predomina,
para purgarlo, sabes
que lo disponen antes con jarabes.

D^a Clara. Redondo dice bien. Sobrina mia,
escribe á don García;

dale satisfaccion, haz estas paces.

Leonor. De mil maneras haces

que salga de la esfera de mi estado;
mas al fin me conduce á obedecerte
la lástima que tengo á tu cuidado.
Voy á escribir.

Redondo. [*Ap.*] ¿Qué bien lo he trazado!

D^a Clara. Haz cuenta que me libras de la muerte,
Leonor, segun me veo.

Leonor. (*Ap.*) Tú me ruegas lo mismo que de-
(seo. (*Vase.*))

D^a Clara. Redondo, yo confieso que me has hecho
gran bien; que tal consejo en tal estrecho,
solo de tu agudeza nacer pudo.

Redondo. Yo me llamo Redondo, y soy agudo.
(*Vase.*)

—
Calle.

ESCENA XII.

EL MARQUES Y RICARDO.

Ricardo. Á la puerta se apartó
don Félix; y don García,
á fuer de medrosa espía,
con lentos pasos entró
á todas partes mirando
con un criado, de quien
fía su mal y su bien,
en puridad platicando.
Subió al fin; pero muy presto
de la visita salió,
y á lo que me pareció,
de enojado, descompuesto:
quedóse dentro el criado,
y vino á salir despues
mas de hora y media: esto és
lo que he visto y ha pasado
mientras estuve en espía.

Marques. ¿Ayer don García, y hoy
don García? Loco estoy.
¿Cada dia don García?
¡Malo! Entrar con pasos lentos,
salir presto y enojado,
quedarse dentro el criado.....

De muerte sois, pensamientos.
Ricardo. Advierte que don García,
supuesto que amante sea,
aun no sabes si desea
á la sobrina ó la tia.

¿Por qué das rienda al dolor,
y tan presto desconfías?

Marques. Ricardo, en venturas mias
siempre es cierto lo peor.

Ricardo. El prudente prevenido
espera el peor suceso;
pero, señor, no por eso
lo ha de dar por sucedido.
Preven al mal la paciencia
sin desesperar, señor;
que es el morir de temor
más flaqueza que prudencia.
Haz primero informacion
de la verdad de su intento;
no pierdas el sentimiento,
ignorando la ocasion.

Marques. ¿Qué bien dices! En efeto,
Ricardo, para un señor
el consejero mejor
es un criado discreto.

Ricardo. Por eso te considero
de tantos buenos servido.
Mas detente, que ha venido
á buen tiempo el escudero
de Clara. Por si te engañas,
comienza tu informacion
por él.

Marques. ¿Diralo?

Ricardo. Si son
las que deben ser sus mañas,
nada te podrá callar;
y más si en el corazon
le pusieres un doblon
al tiempo de preguntar.

Marques. Llámalo pues.

Ricardo. ¡Camaradal!

ESCENA XIII.

FIGUEROA.—DICHOS.

Ricardo. Bien dicen que la ventura
huye de quien la procura,
y busca sin ser buscada.

Figueroa. ¿Por qué lo decís?

Ricardo. Desea
el marqués saber de vos
cierta cosa, entre los dos,
y no dudeis de que sea,
si gusto le sabeis dar,
mucho el bien que os ha de hacer.

Figueroa. El más largo prometer
no iguala al más corto dar.
Mas puesto que es el marqués
tan gran señor, será justo

que estime yo el darle gusto,
por el mayor interes.

Ricardo. Llegad pues, que ya os espera.

Figuroa. Humilde á vuestro mandado
teneis, señor, un criado;
y ¡ojala que fuerza hubiera
para serviros, en mí!

Marques. Cúbrase, por vida mia.

Figuroa. Perdone vueseñoría;
que yo estoy muy bien así.

Marques. Por mi vida lo ha de hacer.

Figuroa. (*Cúbrese.*) Ya es forzoso. (*Ap. á Ri-*
cardo.) ¡Qué honradores
son los tan grandes señores!

Ricardo. (*Ap.*) Y más cuando han menester.

Marques. Dígame agora su nombre.

Figuroa. Figuroa.

Ricardo. ¡Una miseria!
Es de la casa de Feria.

Marques. Ese es solo un sobre nombre.

Figuroa. No han de ser desvanecidos
los pobres; que es muy cansado
un hombre en humilde estado
hecho un mapa de apellidos.
Aun con solo un nombre, veo
que no me dejan vivir,
y hay quien ha dado en decir
que sin razon lo poseo;
mas procuren de mil modos
los malsines murmurar;
que por Dios que al acostar
estamos desquitos todos.

Marques. Vos, en fin, ¿sois Figuroa?

Figuroa. Por lo menos me lo llamo.

Marques. Deudos somos.

Figuroa. Ser mi amo
vos, será mi mayor loa.

Marques. Digo que sois mi pariente,
y que se os echa de ver,
porque vuestro proceder
dice quién sois claramente.

Ricardo. (*Ap.*) ¡Qué bien lo obliga!

Marques. Por Dios,
que sabello me ha alegrado;
pues con eso mi cuidado
os toca tambien á vos.
Pues si sois deudo tambien
de doña Clara, su afrenta
tomareis á vuestra cuenta,
como yo.

Figuroa. Decis muy bien.

Marques. Pues escuchad, si os agrada,
que está en riesgo nuestro honor.

Figuroa. ¡Qué cosa para mi humor!

¿En riesgo el honor? ¡No es nada!

Decid. (*Pónense á hablar bajo los tres.*)

ESCENA XIV.

DON GARCÍA Y REDONDO.—DICHOS.

Ricardo. (*Ap. al marques.*) Detener no puedo
la risa, señor.

Redondo. (*A don García.*) Salí
alborotada; mas yo,
poniendo en la boca el dedo,
la sosegué, y advertir
pudo en un punto mi intento;
que es de angel su entendimiento
y entiende sin discurrir.
Saqué el papel.....

D. Garc. ¿Lo leyó?

Redondo. Ponte un grado más atras.

D. Garc. ¿Cómo?

Redondo. ¿No preguntarás
antes, si lo recibió?

D. Garc. Eso está claro.

Redondo. Decillo
puedes; que está bien patente.
Pues te digo claramente
que no quiso recibillo.

D. Garc. ¿Que no quiso?

Redondo. Señor, no.

D. Garc. ¡Qué escucho! ¿Y sabes por qué?

Redondo. La causa, yo no la sé;
sé que no lo recibió:
y estando en esta porfía,
sobre si es justo ó no es justo
dar á tu fé tal disgusto,
la empezó á llamar su tia.
Salí, despues que te fuiste,
y hubo entre ellas gran cuestion
sobre cuál fué la ocasion
del enojo que tuviste.
Resolvióse al fin la tia
en escribirte un papel;
yo le dije que con él
tu furor aumentaria,
y que era bien que Leonor
satisfaciendo lo hiciera;
que negocia una tercera
con un celoso mejor.

Cuadróles mi parecer;
y Leonor, tras resistir
un rato, se entró á escribir,
y doña Clara á leer
lo que Leonor escribia;
y así no tuvo ocasion
de rezar por su intencion;
que todo fué por su tia.
No me dieron el papel;
que nuestra invencion creyeron,
y á enviar se resolvieron
un escudero con él.
Salí, y apenas los piés
puse en la calle ligero,
cuando en un zaguan frontero
ví un criado del marques,
que con recato espiaba
disimulando y temiendo;
y cuando entramos, entiendo
que el mismo puesto ocupaba.

D. Garc. No digas mas.

Redondo. ¿No diré
lo que con él me pasó?

D. Garc. ¿Qué pasó?

Redondo. Que él me miró,
y yo tambien le miré.
Pasé arrogante la calle,
capa y espada prevengo,
y como él no me habló, vengo,
y véngome sin hablalle.

D. Garc. ¡Qué gran hazaña!

Redondo. ¿Seria
cordura trabar pendencia
en tal calle?

D. Garc. Esa prudencia
la debo á tu cobardía.
¡Ay de mí! Yo soy perdido.
Efímero fué, Leonor,
en tu corazón mi amor;
hoy murió, de ayer nacido.
Fué contra el cierzo violento
flor que de nacer acaba.
¡Qué tierno tu amor estaba,
pues lo llevó el primer viento!

Al primer indicio leve
del amor del marques, luego
¡trocaste la nieve en fuego,
y el fuego trocaste en nieve!

¿No es este el marques? Desvía.

Redondo. Sí, señor.

D. Garc. Hablalle quiero.

Redondo. ¿He deser el *Mira Nero*,*
ó *él de nada se dolia*?

D. Garc. Eres muy cuerdo.

Redondo. Respondo
que soy Redondo; y quisiera
que por mí no se dijera
esto de: "Cayó Redondo."

Marques. (*A Figuroa.*) Id con Dios.
(*Vase Figuroa.*)

ESCENA XV.

EL MARQUES, RICARDO, DON GARCÍA
Y REDONDO.

Marques. El escudero
se rindió á la vanidad.

Ricardo. Si va á decir la verdad,
yo sospecho que al dinero.

Marques. Él redimió el alma mia
de mil celosos engaños.

Ricardo. En fin, ¿dice que há dos años
que ama á Clara don García?

Marques. Sí.

Ricardo. ¿Y que su dueño gallardo,
la bella doña Leonor,
no tiene amante ni amor
hasta agora?

Marques. Sí, Ricardo.

Ricardo. Ya habrás visto de ese modo
cuán malo es anticipar
la pena y desesperar
sin informarse de todo.

Marques. Tanto, Ricardo, que espero
que en el mismo don García,
que por contrario tenia,
he de tener compañero;
que harémos, enamorados
los dos de Clara y Leonor,
para esta guerra de amor
liga de nuestros cuidados.

Ricardo. Él viene.

Marques. Yo le he de hablar.

D. Garc. Señor marques.....

Marques. Don García.....

D. Garc. En busca vuestra venia;
que tenemos que tratar
cierto caso entre los dos.

Marques. Huélgome; que tambien vengo

* Véase el romance 571 impreso en la página 393
tomo X de la Biblioteca de autores españoles.

á buscaros, porque tengo otro negocio con vos.

D. Garc. Redondo, déjanos solos:

Redondo. Harélo con mucho agrado; que temo morir birlado, ya que Dios nos hizo bolos. (Vase.)

Marques. Déjanos solos, Ricardo.

Ricardo. ¿Dónde te veré despues?

Marqués. En Palacio. (Vase Ricardo.)

ESCENA XVI.

EL MARQUES Y DON GARCÍA.

D. Garc. Ya, marques, vuestros intentos aguardo.

Marques. Yo os suplico, don García, que los vuestros me digais.

D. Garc. En esto, si no empezais, consumiremos el dia.

Marques. Porque vuestro gusto intento, me determino á empezar; pues cuanto tardo en hablar, tanto os quito de contento. Sabed, noble don García, que la libertad lozana, el nunca domado orgullo, la juvenil arrogancia con que pisé tantos años del amor ciego las armas, invidia de los galanes y cuidado de las damas, rindieron ya la cerviz á la sujecion tirana de una pena que me aplace, y de un placer que me mata. Ví los dos divinos ojos de la hermosa sevillana doña Leonor de Toledo: vílos al fin, esto basta; que, pues que vos habeis visto su belleza soberana, conoceréis los efectos por el poder de la causa. Apenas rompió mi pecho la flecha de amor dorada, cuando los celos se entraron por la misma herida al alma; que dos veces, Lara ilustre, os vi entrar á visitarla conociendo vuestras partes, su hermosura y mi desgracia;

pero los piadosos cielos, condolidos de mis ansias, con un desengaño breve serenaron la borrasca; pues con saber que há dos años que servis á doña Clara, vengo á tener por amigo al que enemigo juzgaba.

Ya sabeis que es deuda mia: pues vos entráis en su casa, y en ella están las dos prendas de nuestras dos esperanzas, ayudémonos: dé al otro cada cual lo que le falta, y démonos dos á dos esta amorosa batalla. Terciad por mí, don García, con Leonor; que mi palabra os doy de hacer cuanto pueda porque os dé la mano Clara.

D. Garc. Por la merced que me haceis os beso, marques, las plantas, y para servilla ofrezco cuanto pueda y cuanto valga; mas escuchad el intento y el fin para que os buscaba, y á la vuestra servirá de respuesta mi demanda. Cierta caballero noble, que la deidad idolatra de Leonor, y á dulces bodas anima sus esperanzas; teniendo ciertos indicios de vuestra amorosa llama, temeroso justamente de competencia tan alta, por mí os suplica, marques, que la antigüedad le valga, y la honrosa pretension, pues de ser su esposo trata; supuesto que aunque Leonor tiene calidad tan clara, por ser escudera y pobre, vos no querréis levantarla al tálamo suntuoso que mas feliz dueño aguarda, y con ilícitos fines debéis de solicitarla. Este es el caso, marques; y yo le dí la palabra de ayudarle; noble soy:

mirad si puedo quebralla.

Serviros es imposible;

engañaros, vil hazaña:

esto os respondo; que vos

respondais, es lo que falta.

Marques. ¿Puede saberse quién es ese amante?

D. Garc. La palabra

del secreto me pidió.

Marques. Si se la distes, guardadla.

D. Garc. ¿Qué respondeis?

Marques. Desistir

de intenciones declaradas

no pienso que suele dar

á los nobles alabanza,

y más cuando quien lo pide

encubre de mí la cara;

con que ni á la cortesía

ni á la amistad debo nada.

Alegarme antigüedad

para obligarme, no basta;

porque esa en la posesion

vale, mas no en la esperanza,

porque ajenas pretensiones

con razon puede estorbarlas,

no el que primero pretende,

mas el que primero alcanza.

Decir que el querer casarse

hace justa su demanda,

porque yo á ilícitos fines

debo de solicitarla,

ese es mucho adivinar:

y á doña Leonor agravia

quien piense que yo no debo

para mi esposa estimarla.

D. Garc. ¿Qué decís?

Marques. Será mi esposa;

y lo fuera, si gozara,

como un título poseo,

de la corona de España.

D. Garc. (Ap.) Perdido soy.

Marques. Don García,

de colores la mudanza

en vuestra cara, denota

turbaciones en el alma.

Parece que hacen en vos

sentimientos mis palabras,

mayores de los que suelen

obrar las ajenas causas.

D. Garc. Marques, las causas ajenas,

el que es noble, ó no se encarga dellas, ó tiene por propia su ventura ó su desgracia.

Marques. Correspondeis á quien sois; mas pues las partes contrarias haceis con doña Leonor; y son ella y doña Clara mis deudas, y sois galan, y ellas dos hermosas damas, con que pueden ofender vuestras visitas su fama; desde este momento son los humbrales de su casa vedados á vuestros piés, y á los ojos las ventanas.

D. Garc. Doña Clara es viuda, y es señora de sí, y se trata casamiento entre los dos.

Marques. Tratadlo sin visitarla.

D. Garc. No sois deudo tan cercano vos, que os obligue su guarda.

Marques. Á todos toca el remedio: que á todos toca la infamia, y son padres de sus deudos los señores de las casas. Pero cuando no, advertid que ya lo he intentado, y basta para empeñarme y correr por mi cuenta la venganza.

D. Garc. Habeis de advertir, marques, que si sois marques, soy Lara, que como yo, teneis vida, y yó como vos, espada. (Vase.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, teniendo á DON GARCÍA.

D. Garc. Soldad.

D. Félix. No ireis, vive Dios,

D. Garc. ¿He de mostrar cobardía al marques?

D. Félix. Yo, don García, tengo de morir con vos; mas si el fin de resolveros es no perder la beldad de Leonor, no es necesidad perdella más con perderos?